

5. PERTENENCIA ECLESIAL DE LA CARIDAD

- A) LA DESCLESIALIZACIÓN DE LA DIACONIA**
- B) LA ECCLESIA MATER**
- C) LA DIACONÍA ECLESIAL**

APÉNDICE: ECLESIALIDAD Y CARIDAD EN LA DCE



5. PERTENENCIA ECLESIAL DE LA CARIDAD

La reflexión que se ofrece pretende defender que la comunidad eclesial tiene en la práctica diaconal de la caridad una tarea esencial que forma parte sustancial del ser de una Iglesia que sabe que existe para evangelizar: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar..." (EN 14)

Por todo lo cual, en primer lugar haremos un análisis de los efectos deseclesializadores que se están produciendo en la acción diaconal y que hacen que la acción samaritana se perciba como algo ajeno a la propia Iglesia. Es sorprendente ver cómo en los índices de prestigio social una institución como caritas esté en los primeros lugares y que la Iglesia casa se hunda en los últimos lugares. Es probable que no comuniquemos bien con la sociedad, pero no podemos olvidar que hay una larga historia eclesial de descuido y de escaso aprecio de la acción diaconal, como si no fuese tan importante como la acción sacramental o catequética.

En segundo lugar, presentaremos la realidad eclesial desde la fértil noción de maternidad para con ella tratar de establecer la necesaria relación de pertenencia que la diaconía cristiana tiene que tener con la comunidad eclesial, ya que la diaconía cristiana no puede ser otra cosa que una hija predilecta de la comunión eclesial. Siendo así las cosas hemos de creer que tal relación es interacción retroalimentaria de maternidad y filiación y que este hijo diaconal de la Mater-Ecclesia es tan digno como el sacramental y el catequético

En tercer lugar, trataremos de ver, de la mano de Benedicto XVI cómo hay una relación interactiva entre la comunión eclesial y la acción diaconal que tiene como resultado la edificación de la comunidad que se dispone a servir a

los pobres con un estilo y una identidad propia y específica. No hay koinonía sin diakonía, así como no hay caridad sin comunidad.

A) LA DESECCLESIALIZACIÓN DE LA DIACONÍA

Desde la observación pastoral vamos a tratar de describir algunos procesos pastorales y efectos sociales que suelen acabar en una erradicación de la caridad respecto de su base comunitaria:

1. El rechazo de la atención primaria por asistencialista y la opción por la promoción.

La precariedad de las estructuras de caridad parroquiales muchas veces afectadas de asistencialismo, clientelismo y paternalismo y el deseo de entrar en prácticas más promocionales, proféticas y transformadoras, ha conducido a muchos cristianos ha potenciar estructuras pastorales intermedias entre la base parroquial y la cima diocesana (Caritas Interparroquiales). Lo cual suponía que las parroquias delegaban su responsabilidad de atender a los pobres en estas estructuras con difícil vinculación con la base parroquial y la cima diocesana

2. La deriva a la oenegeización.

Ante una presión migratoria tan importante como la que se está produciendo en las parroquias y ante la falta de preparación de nuestros voluntarios, se experimenta una sensación grave de agobio y de desorientación. La respuesta algunos han creído que está en la creación de una estructura intermedia a la que poder derivar este contingente de inmigrantes que debe ser atendido. Con esto parece que obtenemos un deseado alivio a la presión migratoria que soportamos. Este proceso de alejamiento de la base eclesial ha conducido a que lo que empezó siendo una caritas interparroquial ha acabado siendo una Ong., sucursal de la red Acoge, buscando más tecnificación y especialización

3. El descargo oportunista del Estado en su responsabilidad social.

Así como en los primeros tiempos de la democracia se pretendía que hubiese una potente red de servicios sociales públicos y se despreciaban los servicios sociales que se prestaban desde la iniciativa de la sociedad civil y, por tanto de la Iglesia; en estos momentos, nos encontramos con el signo contrario, la gestión política actual está descargando la responsabilidad social del Estado respecto de los pobres sobre la sociedad civil en sus ongs sin lucro y en las fundaciones con ánimo de lucro a través de la práctica de la privatización. Algunos Ayuntamientos han podido aliviar sus gastos sociales subvencionando a colectivos cristianos o no cristianos que han asumido la gestión de servicios sociales municipales, problematizándose la necesaria independencia política de los servicios diaconales

4. La consideración convencional del voluntariado.

Existen programas de acción pastoral que consideran que el voluntariado es una bolsa de recursos humanos en la que, de lo que se dispone es de unas personas que ofrecen un tiempo y unas capacidades limitadas en razón de su generosidad moral y disponibilidad efectiva. Lo que importa es que los pobres estén atendidos, la vinculación a la parroquia es puro corporativismo. El planteamiento cristiano del voluntariado se tiene que hacer desde la condición bautismal que hace que la diaconía no sea algo opcional como si de un capricho o hobby se tratase. Para un bautizado servir a los pobres es tan 'obligatorio' como alimentarse de la eucaristía o escuchar la palabra de Dios

5. La disfunción eclesial de la coordinación inadecuada de la acción diaconal.

La cultura social más actual está evidenciando la necesidad de trabajar en el mundo de la exclusión con el modelo de redes sociales de acogida. La Iglesia tiene su propia red que debe articularse adecuadamente con las redes de la sociedad civil. Ahora bien, esta red eclesial tiene su fundamento en las parroquias y se va tejiendo en el ámbito arciprestal para coordinar la totalidad de la red eclesial en el ámbito diocesano. Cuanto más se aleja una estructura diaconal de esta red eclesial, más sentido cristiano y evangelizador se pierde

6. La dejación de responsabilidades de los pastores.

Las pastores ante la falta de recursos propios pastorales, ante la emergencia de las nuevas pobrezas, ante la aparición de los técnicos en estructuras

inter-parroquiales han creído que su responsabilidad pastoral quedaba cumplida cuando aportaban alguna colecta mensual o alguna cantidad para los pobres de su comunidad estuviesen atendidos y alejados de las inmediaciones de la parroquia. La consecuencia es que se ha dejado en manos de técnicos la acción diaconal, lo cual es como si dejásemos la catequesis en manos de un grupo de maestros o pedagogos. El efecto subsiguiente es que la comunidad no se pasa por sus manos este ejercicio samaritano de la caridad

7. La financiación económica.

Todos los análisis de coyuntura sociopolítica respecto de la reestructuración del Estado de Bienestar están de acuerdo en tres cosas: Ha habido una mayor implicación de las Ongs en los territorios de las políticas sociales ante el frenazo que el Estado ha dado a su compromiso en estas políticas desde su dimensión pública; se está produciendo una relación de competitividad entre las Ongs sin ánimo de lucro y la Empresa privada con ánimo de lucro, que en lugar de ceder fondos a las Ongs ha creado sus propias fundaciones y Ongs; y la presión competitiva se ha transferido a las mismas Ongs que tienen que, entre ellas, luchar por las fuentes de financiación, no sólo del sector público, sino también del sector privado. La diaconía cristiana tiene que hacer su propio camino en su financiación y, sin renunciar, a los derechos que tienen los pobres a los dineros públicos y privados, orientar la obtención de recursos desde la comunicación cristiana de bienes, pues de lo contrario la comunidad perdería libertad profética y solidaridad efectiva

B) DESDE LAS ALERTAS DE LOS OBISPOS (83 Asamblea plenaria de la CEE)

1. La separación de la comunión eclesial al colocarse fuera del proceso integral de evangelización. La institución y su acción pastoral de caridad se desenganchan de las dimensiones evangelizadoras constitutivas de la acción eclesial: la celebración del Misterio sacramental y la escucha y proclamación de la Palabra de Dios, olvidando que la Iglesia existe para evangelizar

2. El crecimiento cuantitativo en actividades y servicios, descuidando la calidad de los mismos. Las consecuencias son la pérdida de la exigencia de significatividad evangelizadora de la práctica de la caridad y la burocratización y frialdad de los servicios y el hipercrecimiento de la

organización, con el consiguiente alejamiento de la comunión eclesial optando por otras lealtades

3. La sobrevaloración de los medios técnicos e instrumentales en la acción social, en detrimento del cuidado de los fines y motivos religiosos de la caridad. El rigor técnico en la acción sociocaritativa es una exigencia del amor cristiano, pero si hay despreocupación por los motivos y finalidades del sentido evangelizador de la caridad queda comprometida la referencia de la comunión eclesial.

4. La preferencia y aumento del personal contratado sobre el voluntariado gratuito puede afectar a la eclesialidad si a la hora de hacer la selección de candidatos no se da una importancia sustantiva a su identidad cristiana, si en la formación permanente de los mismos se descuidan los fundamentos de identidad y misión, si no se facilita que las relaciones entre contratados y voluntarios estén liberadas de sospechas mutuas respecto de incompetencia técnica o intereses crematísticos: Todos nos hemos de sentir comunidad eclesial que sirve a los pobres desde el respeto, la comprensión y el amor

5. Desde la vertiente del voluntariado también se puede 'agrietar' la comunión eclesial cuando a) el voluntario no comparte la fe de la Iglesia en su integridad, b) cuando su fe es muy superficial y extrínseca y no impregna su acción eclesial de caridad, b) cuando su vida no es coherente con la fe de la Iglesia y d) cuando los voluntarios-directivos no asumen su responsabilidad de velar por la identidad eclesial de la institución: "A veces lo que motiva la intervención a favor de los demás no es el imperativo cristiano sino una compasión natural. Pero quien asiste al necesitado goza siempre goza de la benevolencia de Dios ... para los 'alejados' el servicio a los pobres puede ser un camino providencial para encontrarse con Dios, porque el Señor recompensa con creces cada don hecho al prójimo" (Mensaje del Papa para la Cuaresma del 2003)

6. La eclesialidad se puede 'agrietar' cuando la institución sufre de dependencia económicamente de las subvenciones (aunque se tiene derecho a ellas) porque sus consecuencias son una disminución de la responsabilidad de la comunidad en la exigencia de la comunicación cristiana de bienes, el paso a ser como una agencia social del Estado, la falta de libertad para la denuncia profética, la equiparación práctica de la institución eclesial a una Ong civil

por miedo a ser relegados en el reparto de las subvenciones que hace el Estado aconfesional.

7. La dimensión eclesial se agrieta si la institución de caridad se aísla y no se coordina con las ongs. civiles ya que se trata de una auténtica exigencia de los destinatarios de la caridad que son los pobres y excluidos. En estas plataformas de coordinación no se puede esconder la identidad sería negar de la pertenencia eclesial.

8. La pertenencia eclesial se agrieta cuando no se asume la confesionalidad porque se 'cree' que merma la radicalidad, la apertura y la calidad de la acción caritativa y social o cuando se reduce a una mera etiqueta externa de la acción caritativa y social. La acción social para que sea de caridad tiene que nacer de la comunión eclesial en el amor a Dios y a los pobres.

Indicadores de que se está reeclesializando la práctica samaritana son

1. la recuperación de la confianza y de la realización de proyectos de promoción, siendo responsable de ellos la comunidad parroquial,
2. la existencia de un voluntariado y unos técnicos que, liberados de protagonismo, se sienten delegados de la comunidad,
3. el desarrollo de una comunicación de bienes parroquial que asuma más del 50% de los gastos de atención a los pobres,
4. la integración y coordinación efectiva de la diaconía con la catequesis y liturgia sacramental

B) LA ECCLESIA MATER

Las identidades se construyen con materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Los individuos y los grupos procesan estos materiales y los reordenan dándoles sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos

culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial y temporal.

En los pueblos aún es fácil observar cómo las personas mayores preguntan a los niños de una forma determinada para saber su identidad, para saber quiénes son: "¿Niño, tú de quién eres?, ¿quien es tu padre y tu madre? ¿A qué familia perteneces?" La pregunta por la identidad tiene esta dirección porque saben que conociendo a los padres y a la familia se podrá saber quién es el niño en cuestión, obtendrán una respuesta satisfactoria porque intuyen que su identidad ha sido construida por él mismo, pero con los materiales que su herencia genética y su entorno familiar y social le hayan proporcionado.

Esta referencia nos puede servir para considerar que a la diaconía le sucede algo semejante. También a ella le podemos preguntar por el nido familiar en el que ha nacido y ha ido construyendo su identidad específica y peculiar: ¿tú de quien eres? ¿Quien es tu familia? ¿A quien perteneces? Esa familia que le ha transmitido su herencia genética y le ha ofrecido un entorno específico con el que ir construyendo su propia identidad.

Ese nido familiar en el que la diaconía construye su identidad es la misma Iglesia que se constituye como comunidad que da a luz a la diaconía y como comunidad a la que pertenece la diaconía. La diaconía pertenece a la Iglesia y a la diaconía le pertenece la Iglesia. De la misma forma que el niño aprende que él "es" lo que su entorno le denomina y configura, la diaconía no puede olvidar que "es" lo que la Iglesia le denomina en el sentido performativo del lenguaje. La Diaconía tiene que ser capaz de "internalizar" los significantes específicos de naturaleza eclesial, apropiándose de los roles y actitudes generales de la comunidad-madre eclesial. Es lo que se llama en psicología social la socialización que se produce de una forma efectiva cuando el otro generalizado (Iglesia mater) se ha establecido en la conciencia subjetiva (diaconía-hija).

En esta relación retroalimentaria de maternidad-filiación que existe entre la Iglesia y su diaconía la podemos expresar con la categoría eclesiológica de la "Éclesia Mater" que tan magníficamente caracterizó H. de Lubac en su obra "Las Iglesias particulares en la Iglesia Universal". (Págs. 143ss. Ed Sígueme 1974). Con esta expresión el cristiano no expresa una experiencia sentimental o espiritual sino que refiere una realidad efectiva, concreta e histórica.

Algún teólogo ha dicho que "esta maternidad es tan real como es real la presencia de Cristo en la eucaristía o como la vida sobrenatural existe realmente en los hijos de Dios". El evangelista san Mateo nos muestra esta maternidad eclesial cuando escribe: *¡Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas, pero no habéis querido! (Mt 23,37)*. Jesús mismo se compara a una madre, y la Jerusalén antigua, la ciudad madre del viejo Israel, pasa a convertirse en la Iglesia escatológica de Jesús que en tiempo presente y en perspectiva de futuro es como la "clueca" mencionada que bajo sus alas acoge y convoca maternalmente a todos los hijos, aunque estos se resistan.

A esta Jerusalén escatológica y liberada de la antigua ley se refiere san Pablo en su carta a los Gálatas (4,27): *En cambio la Jerusalén de arriba es libre y ésta es nuestra madre, pues dice la Escritura: "Alégrate, la estéril que no das a luz, rompe a gritar, tú que no conocías los dolores, porque la abandonada tiene muchos hijos, más que la que vive con el marido (Is 64,1)*. La Iglesia, esposa de Cristo, a la vez estéril y fecunda, es la madre de todos los que nacen (renacen) en el Espíritu a la nueva de vida de gracia y virtud.

En la tradición de Juan podemos observar cómo la función de maternidad se atribuye a la Iglesia cuando en su segunda carta se dirige a una de sus comunidades con el título personalizador de "elegida" o "distinguida señora" y en estos términos concretos de maternidad: *El anciano a la "señora elegida" y a "sus hijos", a los que yo amo de verdad (1Jn, 1,1)*. El autor de esta carta expresa su amor a la comunidad-madre y a sus miembros-hijos a pesar de las tendencias secesionista internas que se están produciendo y con el interés de que se recupere la fraternidad y la comunión.

Esta importante veta neotestamentaria que proclama la función de maternidad de la iglesia se prolonga con profusión en los escritos de los Santos Padre de los primeros siglos de la historia cristiana. En el Pastor de Hermas, la Iglesia "en persona" se dirige en estos términos a los cristianos de Roma: "Escuchadme, hijos míos. Soy yo la que os ha educado en toda simplicidad, inocencia y santidad, por la misericordia del Señor; soy yo quien ha hecho deslizar gota a gota la justicia sobre vosotros... Escuchadme, haced la paz entre vosotros... a fin de que manteniéndome alegre ante el Padre, yo pueda darle un informe favorable de vosotros" (Visión 3, c. 17).

Orígenes se expresará a estos efectos de una forma muy contundente y precisa: "Aquel que dice, que sale de la Iglesia se hace responsable de su propia muerte... No puede tener a Dios por Padre el que no tiene por madre a la Iglesia" (In leviticum, Hom. 11, c. 3) y san Agustín lo repetirá: "La Iglesia es para nosotros una madre... Espiritualmente, de ella es de quien hemos nacido. Nadie podrá encontrar un acogimiento paternal junto a Dios, si acepta a su madre la Iglesia" (Sermo 94, c.1)

Pero no estamos hablando de una maternidad "espiritual" en correspondencia con una Iglesia "espiritual", sino que de quien se habla es de la Iglesia real que ejerce su maternidad por medio de todo el proceso de evangelización, es decir, por la escucha y la proclamación de la Palabra, por la celebración del misterio sacramental y por el servicio de caridad a los más pobres. La evangelización es la acción por la que la "Eclesia Mater" va enviando mensajes educativos coherentes que la "Diaconia-Filia" debe internalizar y asumir para construir su identidad cristiana específica.

Benedicto XVI en la "Deus Caritas Est" nos confirmará con claridad esta perspectiva de maternidad y filiación ya que establecerá con precisión la naturaleza de la Iglesia desde lo que ella misma produce, es decir, anuncio, celebración y servicio: "La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia)" (22).

Un poco más tarde le concederá el mismo rango de consistencia a la acción Diaconal que al anuncio de la Palabra y la celebración del Sacramento: "Y es que con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio" (Ib 22).

Desde esta maternidad eclesial podemos entender a una Iglesia que ama con amor de madre de tal forma que el Papa empezará la segunda parte de su encíclica afirmando que "el amor es el servicio que presta la Iglesia para

atender constantemente los sufrimientos y necesidades, incluso materiales, de los hombres" (19). La Iglesia-madre que ama es la globalidad de la misma, desde el nivel personal de cada uno de sus miembros hasta la totalidad universal de la entidad: "El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia en su totalidad" (Ib 20).

Esta maternidad amorosa no es solamente energía afectiva espiritual, sino energía encarnada en un soporte orgánico material que visibiliza tal amor inmaterial: "También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado". El paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para el ejercicio de la "koinonia" eclesial se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch 6, 5-6), ...Este grupo no debía limitarse a ser "un servicio meramente técnico de distribución, sino ... un verdadero oficio espiritual Con la formación de este grupo de los Siete, la «diaconía» —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma." (Ib 21) La Diaconía cristiana debe sentir que su herencia genética cristiana ha llegado hasta ella misma, desde el testimonio de servicio de la primitiva comunidad, gracias a la maternidad eclesial y, en consecuencia, si desea mantener su "carácter bautismal" indeleble no puede dejar de seguir siendo hija de su madre eclesial. Cuanto más se distancia de la madre, cuanto más se aleja de su propia red, más se debilita su identidad y más ciertas son las palabras citadas de Orígenes: "No puede tener a Dios por Padre el que no tiene por madre a la Iglesia". La identidad cristiana le viene a la diaconía cristiana de la pertenencia eclesial.

El Papa preocupado por la explosión de las Ongs y de la sociedad civil, por la pervivencia de prácticas no subsidiarias del Estado de Bienestar y por la entrada del ánimo de lucro en la gestión de la pobreza y la exclusión, propone a la Iglesia los rasgos cristianos que le deben dar perfil de identidad a toda la acción caritativa de la Iglesia. La cual debe de favorecer la socialización de sus instituciones de caridad en esto rasgos para que no se disuelvan en este inmenso mar del complejo sistema social perdiendo capacidad de comunicación original con la sociedad, es decir, no disponiendo de un lenguaje propio con el que evangelizar que es su misión primordial: "Ella (la Iglesia)

existe para evangelizar..." (EN 14). Con esta brevedad y claridad lo declaraba Pablo VI.

Benedicto XVI lo expresa así: Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial? (DCE 31).

Indicadores de que la relación entre la caridad y la comunidad son de filiación y maternidad son

1. la presencia normalizada de los pobres dentro de la comunidad cristiana
2. la incorporación normalizada de la agencia de caridad en el consejo de pastoral parroquial y en el Consejo de Asuntos Económicos,
3. la animación de la agencia de caridad a que todos los miembros de la comunidad atiendan con amor a los pobres, enfermos, débiles etc de sus propias familias y vecindario,
4. La lealtad a los proyectos y programas samaritanos que el obispo diocesano propone a las comunidades.

C) LA DIACONÍA ECLESIAL

La caridad cristiana entendida como amor a Dios y al prójimo no es una práctica moral y pastoral propia de los miembros de un equipo de acción caritativa sino que es un ejercicio específico de cada cristiano y de toda comunidad cristiana que deseen hacer el seguimiento de Cristo. La caridad es el motor central que da vida a todo el vehículo de la comunidad cristiana. El equipo eclesial diaconal tendrá la importante tarea del "motor de arranque" que pone en funcionamiento adecuado al motor central del vehículo eclesial o al corazón generoso del creyente cristiano.

Esta exigencia del amor es tanto para la Iglesia universal y sus Iglesias particulares, como para la Iglesia local y sus parroquias territoriales. "El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada

fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia en su totalidad" (DCE 20).

Los sacramentos son los signos visibles de la gracia invisible. En ellos se puede percibir sensiblemente que la gracia de Dios nos sigue salvando: El agua, el aceite, el pan y el vino son realidades materiales en las que se "encarna" y se materializa la acción redentora de Dios. El amor trinitario de Dios cuando se ejercita y se vive en la comunidad eclesial también es un amor encarnado y materializado en un soporte estructural y funcional que hace que se puede sentir y disfrutar por parte de la persona que ama y la persona a quien se ama.

Tal soporte orgánico tiene que ser expresión sacramental, visible y sensible del amor de Dios. En efecto, el dinero, la ropa, los alimentos, las medicinas, la bolsa de empleo, el taller de cocina, la denuncia de la pobreza cronificada son manifestación de que se ama con pasión a la persona empobrecida. "La Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado" (Ib 20).

Para justificar esta afirmación recurre a la práctica paradigmática de la comunidad primitiva en donde "Lucas nos relata una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (koinonia), a la fracción del pan y a la oración (Hech 2,42)" (Ib 20).

A veces se ha presentado en el ideal de comunión como una unidad de aceptación de las verdades reveladas en el Credo fundamental de la fe católica. Quien no aceptaba alguna de estas verdades esenciales rompía la unidad de fe y acababa en la herejía o provocaba un cisma y una escisión en el interior de la comunidad cristiana. La comunión eclesial es sobre todo el que sus miembros se quieran unos a otros y sean capaces de superar los odios, los egoísmos, la envidias, las ambiciones, las maledicencias que son la negación del amor al hermano.

En este sentido, el Papa, dando por supuesto lo dicho, da un paso más y nos hace ver que la auténtica *koinonia* de la primera iglesia era también un compartir con generosidad lo que se tenía, de tal forma que la energía

afectiva anímica que se vivía en la fraternidad eclesial se complementaba en fraternidad material, efectiva y operativa recuperando visibilidad sacramental: la propiedad material compartida expresaba el amor anímico y espiritual vivido, hasta el punto que no había diferencia en ricos y pobres. "La comunión (koinonía), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes lo tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (Hech 4, 32-37)" (Ib 20).

La diaconía nace del sacramento del orden que tiene tres modulaciones esenciales que dan origen a la estructura ministerial de la Iglesia. Del sacramento del Orden sacerdotal nacen el diaconado, el presbiterado y el episcopado. Pero su razón de ser es poner en práctica la caridad pastoral de la Iglesia al servicio de la toda la comunidad. El diaconado hoy tiene una dimensión cultural, unida al ministerio de santificación, y una dimensión de anuncio vinculada al ministerio profético en un momento agobiante de falta de sacerdotes.

Sin embargo, el Papa parece que le vuelve a dar una dimensión de servicio a los pobres haciendo referencia a sus orígenes históricos cuando la comunidad de Jerusalén tuvo que atender a sus huérfanos y viudas tanto en lo material como en lo espiritual. Esta creación apostólica nacía de la caridad pastoral que había en los corazones de los responsables de la comunidad inicial y hacía de la diaconía un ámbito esencial de la comunidad. "Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio" (Ib 22).

Dos conclusiones sustanciales para la eclesialidad de la caridad son las que nos propone el Papa:

1. "La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia)" (ib 25a). El testimonio de servicio diaconal a los pobres no es una actividad pre-eclesial que sirve para

favorecer la entrada de 'admiradores' a la Iglesia, sino que está en el mismo núcleo de la comunidad. Está en el mismo núcleo de la comunidad y con igualdad de rango que la celebración litúrgica o que el anuncio kerigmático por tanto no es una Ong al servicio de la Iglesia sino que es la misma Iglesia. De cara a la acción pastoral habrá que concluir que los pobres no son un asunto sectorial de la comunidad, no siquiera una cuestión transversal que afecte que cada dinámica pastoral tenga que asumir, sino que deben estar en el núcleo de la comunidad como están en el corazón de Dios.

2. "la caritas-agapé supera los confines de la Iglesia; No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad: Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe" (Gál 6,10) (25b) Hay quien ha interpretado estas frases como si el Papa le pusiese una limitación o restricción al universalismo de la caridad y a su generosidad consiguiente, reclamando una preferencia sectorial e interesada por los que comparten la misma identidad cristiana. Otros han visto en esta frase una oportunidad para ser como más responsables de los pobres propios de la comunidad y no caer en la ingenuidad de atender a musulmanes o de otras religiones que son unos oportunistas. La frase del Papa es una llamada a una amor que tiene que crecer en "cantidad" universal y en intensidad de servicio con los propios pobres 'cristianos', cuya existencia es la negación del amor de Dios. Es una grave llamada a la responsabilidad moral y pastoral cristiana.

En el mismo documento papal podemos entresacar una exigencia moral y pastoral que propone en dos ocasiones, con lo que hemos de deducir que se trata de algo urgente y muy necesario para toda comunidad que se siente verdaderamente madre y evangelizadora: "...en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa (Ib 20) y ... en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad" (Ib 25).

Indicadores de que la diaconía cristiana tiene raíces profundas en la comunidad son

1. se la ha dado preferencia a la atención a los pobres dentro de toda la pastoral de la comunidad,
2. se asume la responsabilidad de la caridad universal con los pobres de todo el mundo,
3. se dedican energías a la coordinación con las parroquias del entorno y en el marco del arciprestazgo,
4. se sensibiliza y se forma en la caridad a toda la comunidad eclesial

APÉNDICE: ECLESIALIDAD Y CARIDAD EN LA DCE

I. LA IGLESIA Y SU NATURALEZA CARITATIVA

- a) El amor, exigencia de cada cristiano y de toda comunidad eclesial

La caridad cristiana entendida como amor a Dios y al prójimo no es una práctica moral y pastoral propia de los miembros de un equipo de caritas sino que es un ejercicio específico de cada cristiano y de toda comunidad cristiana que deseen hacer el seguimiento de Cristo.

La caridad es el motor central que da vida a todo el vehículo de la comunidad cristiana. El equipo de caritas tendrá la importante tarea del "motor de arranque" que pone en funcionamiento adecuado al motor central del vehículo eclesial o al corazón generoso del creyente cristiano.

Esta exigencia del amor es tanto para la Iglesia universal y sus Iglesias particulares, como para la Iglesia local y sus parroquias territoriales.

"El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia en su totalidad".

- b) El amor y su sacramentalidad eclesial

Los sacramentos son los signos visibles de la gracia invisible. En ellos se puede percibir sensiblemente que la gracia de Dios nos sigue salvando: El

agua, el aceite, el pan y el vino son realidades materiales en las que se "encarna" y se materializa la acción redentora de Dios.

El amor trinitario de Dios cuando se ejercita y se vive en la comunidad eclesial también es un amor encarnado y materializado en un soporte estructural y funcional que hace que se puede sentir y disfrutar por parte de la persona que ama y la persona a quien se ama.

Tal soporte orgánico tiene que ser expresión sacramental, visible y sensible del amor de Dios. En efecto, el dinero, la ropa, los alimentos, las medicinas, la bolsa de empleo, el taller de cocina, la denuncia de la pobreza cronificada son manifestación de que se ama con pasión a la persona empobrecida.

"la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado".

Para justificar esta afirmación recurre a la práctica paradigmática de la comunidad primitiva en donde "Lucas nos relata una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (koinonia), a la fracción del pan y a la oración (Hech 2,42)".

c) La caridad, consistencia de la comunión eclesial

A veces se ha presentado en el ideal de comunión como una unidad de aceptación de las verdades reveladas en el Credo fundamental de la fe católica. Quien no aceptaba alguna de estas verdades esenciales rompía la unidad de fe y acababa en la herejía o provocaba un cisma y una escisión en el interior de la comunidad cristiana.

La comunión eclesial es sobre todo el que sus miembros se quieran unos a otros y sean capaces de superar los odios, los egoísmos, la envidias, las ambiciones, las maledicencias que son la negación del amor al hermano.

En este sentido, el Papa, dando por supuesto lo dicho, da un paso más y nos hace ver que la auténtica *koinonia* de la primera iglesia era también un compartir con generosidad lo que se tenía, de tal forma que la energía afectiva anímica que se vivía en la fraternidad eclesial se complementaba en

fraternidad material, efectiva y operativa recuperando visibilidad sacramental: la propiedad material compartida expresaba el amor anímico y espiritual vivido, hasta el punto que no había diferencia en ricos y pobres.

'La comunión (koinonía), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes lo tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (Hech 4, 32-37)".

d) La caridad, matriz de la diaconía eclesial

La diaconía nace del sacramento del orden que tiene tres modulaciones esenciales que dan origen a la estructura ministerial de la Iglesia. Del sacramento del Orden sacerdotal nacen el diaconado, el presbiterado y el episcopado.

Pero su razón de ser es poner en práctica la caridad pastoral de la Iglesia al servicio de la toda la comunidad. El diaconado hoy tiene una dimensión cultural, unida al ministerio de santificación, y una dimensión de anuncio vinculada al ministerio profético en un momento agobiante de falta de sacerdotes.

Sin embargo, el Papa parece que le vuelve a dar una dimensión de servicio a los pobres haciendo referencia a sus orígenes históricos cuando la comunidad de Jerusalén tuvo que atender a sus huérfanos y viudas tanto en lo material como en lo espiritual.

Esta creación apostólica nacía de la caridad pastoral que había en los corazones de los responsables de la comunidad inicial y hacía de la diaconía un ámbito esencial de la comunidad.

"Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio" (22).

e) Breve historia de la caridad eclesial



1. El mártir Justino nos cuenta que en la eucaristía dominical los que poseían entregaban ofrendas al obispo para sustentar a los pobres de la comunidad.
2. Tertuliano nos cuenta que la solicitud de los cristianos causaba asombro entre los paganos y era motivo de credibilidad.
3. Ignacio de Antioquía llamaba a la Iglesia de Roma 'la que preside en la caridad (agapé)' porque habría algún tipo de actividad caritativa.
4. Hacia la mitad del siglo IV, se va formando en Egipto la llamada *diaconía* como la estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto de las actividades asistenciales. Cada diócesis llegó, también, a tener su *diaconía*, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente ... (23).
5. Una alusión a la figura del emperador Juliano el Apóstata († 363)... un punto determinante para su nuevo paganismo fue dotar a la nueva religión de un sistema paralelo y semejante al de la caridad de la Iglesia (24).

f) Dos conclusiones sustanciales para la eclesialidad

1 . "La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia)".

El testimonio de servicio diaconal a los pobres no es una actividad pre-eclesial que sirve para favorecer la entrada de 'admiradores' a la Iglesia, sino que está en el mismo núcleo de la comunidad.

Está en el mismo núcleo de la comunidad y con igualdad de rango que la celebración litúrgica o que el anuncio kerigmático por tanto no es una Ong al servicio de la Iglesia sino que es la misma Iglesia.

De cara a la acción pastoral habrá que concluir que los pobres no son un asunto sectorial de la comunidad, no siquiera una cuestión transversal que

afecte que cada dinámica pastoral tenga que asumir, sino que deben estar en el núcleo de la comunidad como están en el corazón de Dios.

2. "la caritas-agapé supera los confines de la Iglesia; No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad: Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe" (Gál 6,10) (25).

Hay quien ha interpretado estas frases como si el Papa le pusiese una limitación o restricción al universalismo de la caridad y a su generosidad consiguiente, reclamando una preferencia sectorial e interesada por los que comparten la misma identidad cristiana.

Otros han visto en esta frase una oportunidad para ser como más responsables de los pobres propios de la comunidad y no caer en la ingenuidad de atender a musulmanes o de otras religiones que son unos oportunistas.

La frase del Papa es una llamada a una amor que tiene que crecer en "cantidad" universal y en intensidad de servicio con los propios pobres 'cristianos', cuya existencia es la negación del amor de Dios. Es una grave llamada a la responsabilidad moral y pastoral cristiana.

g) Exigencia moral y pastoral urgente

1. " en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa" (20).

2. "en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad" (25).

II. LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN RELACIÓN A LA JUSTICIA Y A LA CARIDAD



1. El Papa clarifica la misión de la Iglesia en estas dos dimensiones morales tomando como punto de partida la vieja crítica marxista de la caridad: los pobres, se dice, no necesitan obras de caridad, sino de justicia. Las obras de caridad —la limosna— serían en realidad un modo para que los ricos eludan la instauración de la justicia y acallen su conciencia, conservando su propia posición social y despojando a los pobres de sus derechos. En vez de contribuir con obras aisladas de caridad a mantener las condiciones existentes, haría falta crear un orden justo, en el que todos reciban su parte de los bienes del mundo y, por lo tanto, no necesiten ya las obras de caridad. Se debe reconocer que en esta argumentación hay algo de verdad, pero también bastantes errores. Es cierto que una norma fundamental del Estado debe ser perseguir la justicia y que el objetivo de un orden social justo es garantizar a cada uno, respetando el principio de subsidiaridad, su parte de los bienes comunes. Eso es lo que ha subrayado también la doctrina cristiana sobre el Estado y la doctrina social de la Iglesia.

2. La cuestión del orden justo de la colectividad, desde un punto de vista histórico, ha entrado en una nueva fase con la formación de la sociedad industrial en el siglo XIX. El surgir de la industria moderna ha desbaratado las viejas estructuras sociales y, con la masa de los asalariados, ha provocado un cambio radical en la configuración de la sociedad, en la cual la relación entre el capital y el trabajo se ha convertido en la cuestión decisiva, una cuestión que, en estos términos, era desconocida hasta entonces. Desde ese momento, los medios de producción y el capital eran el nuevo poder que, estando en manos de pocos, comportaba para las masas obreras una privación de derechos contra la cual había que rebelarse (26).

Se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo. No faltaron pioneros: ...Obispo Ketteler de Maguncia ... círculos, asociaciones, uniones, federaciones y, sobre todo, nuevas Congregaciones religiosas ... el magisterio pontificio de León XIII, de Pío XI , de Juan XXIII, de Pablo VI, de Juan Pablo II , el Compendio de la doctrina social de la Iglesia

La propuesta del marxismo: mediante la revolución y la consiguiente colectivización estatista de los medios de producción —se afirmaba en dicha doctrina— todo iría repentinamente de modo diferente y mejor. Este sueño se ha desvanecido (28).

3. En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo. Hoy estamos afrontando la cuestión de los límites del Estado de Bienestar que nos aboca a plantearnos la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, para lo cual, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. El Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente,

b) En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente (1) contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica... (2) Quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales,

El amor —*caritas*— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. ... Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre

habrá soledad ... Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas que tienen que asumir el compromiso de la caridad (28).

4. Ante estas dos situaciones de hecho el Papa articula la misión de la Iglesia respecto de la justicia y de la caridad en tres planos definidos:

a) La tarea de la Iglesia, respecto de la estructuración del orden justo de la sociedad, es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo,

b) El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos ... la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como « caridad social »,

c) Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un *opus proprium* suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza (29).

III. LOS AGENTES ECLESIALES DE LA DIACONÍA: EL OBISPO Y SUS COLABORADORES

... el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles, empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por esto fue muy oportuno que mi venerado predecesor Pablo VI instituyera el Consejo Pontificio *Cor unum* como organismo de la Santa Sede responsable para la orientación y coordinación

entre las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia católica.

1. Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda. ...Recientemente, no obstante, el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos ha profundizado más concretamente el deber de la caridad como cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis, y ha subrayado que el ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y que forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos (32).

2. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la *Segunda carta a los Corintios*: « Nos apremia el amor de Cristo » (5, 14). La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente (33).

IV. ACTITUDES DE LOS AGENTES COLABORADORES DE LOS OBISPOS

1. La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las diversas formas de necesidad; pero esto debe hacerse respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos (34).

2. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia (36).

3. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas (37).

4. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente? (37) ... A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? » (Mt 27, 46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: « ¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz? » (cf. Ap 6, 10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: « *Si comprehendis, non est Deus* »,

si lo comprendes, entonces no es Dios. ... En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la « bondad de Dios y su amor al hombre » (Tt 3, 4).

5. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica.

BIBLIOGRAFIA

- Congreso de la Parroquia Evangelizadora
- Benedicto XVI DEUS CARITAS EST
- de Lubac, H. LAS IGLESIAS PARTICULARES EN LA IGLESIA UNIVERSAL. Ed Sígueme. Salamanca 1974 (Págs. 143ss)
- Conferencia Episcopal Española. LA CARIDAD DE CRISTO NOS APREMIA. Las posibles grietas de la eclesialidad

ANTONI ESTEVE I SEVA